

LA SANTIFICACIÓN DEL TRABAJO Y LA ÉTICA PROFESIONAL

Carlos Llano Cifuentes*

Lo mismo que ocurre con el aspecto ascético de la vida cristiana, el planteamiento de las metas máximas e ideales de la moral, resuelve, desde un nivel de mayor altura, las cotas mínimas de los deberes éticos.

En el presente estudio procuraremos mostrar la realidad operativa de este principio, analizando cómo el mensaje de la santificación del trabajo, promovido por el Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei, fecunda y enriquece las cuestiones más importantes de la ética profesional, tal como son planteadas con una mentalidad contemporánea.

El Beato Josemaría resumió en pocas palabras el mensaje que, con la fundación del Opus Dei, promovió entre personas de toda condición social:¹ “Quienes quieren vivir con perfección su fe y practicar el apostolado según el espíritu del Opus Dei, deben santificarse con la profesión, santificar

* Doctor en Filosofía. Fundador del Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresas (IPADE). Fundador de la Universidad Panamericana, México; c Llano@ipade.mx

¹ Según ha explicado ampliamente Pedro Rodríguez, la consideración del Opus Dei como realidad eclesiológica y como fundación, implican la difusión de un mensaje –que todo cristiano común y corriente está llamado a la santidad– y el nacimiento de una institución –que con los años sería la Prelatura del Opus Dei– destinada a la encarnación y promoción de ese mensaje por parte de los fieles pertenecientes a la Prelatura, en Rodríguez, Pedro y otros. *El Opus Dei en la Iglesia*. Madrid, Rialp, 1993, pp. 26 y ss.

la profesión y santificar a los demás con la profesión...”²

1. Santificar el trabajo profesional

El trabajo constituye la materia que al cristiano, *común* y *corriente*, se le ofrece para santificar en primera y permanente instancia. El Fundador del Opus Dei se refiere al *trabajo ordinario*, pero suele precisar este trabajo con el adjetivo *profesional*.

Con el correr de los años, se ha venido a reducir el término *profesión* a aquellas prácticas que implican un factor preferentemente intelectual, y *oficio* si entrañan un mayor índice de acciones manuales. Por ello el Beato Josemaría se refirió repetidamente a la necesidad de santificar la profesión u oficio.³

El código deontológico de una profesión u oficio incluye por propia naturaleza la obligación de una obra bien hecha, que se constituye así en un *imperativo ético básico*, sin el que resultaría difícil y aun imposible el cumplimiento de las demás obligaciones morales en torno a esa actividad. Este imperativo ético básico, y mínimo, de la obra bien hecha se transforma, para la persona que aspira a santificar su trabajo, en un ideal de perfección, debido a que santificar algo significa en primer término convertirlo en ofrenda a Dios. “No podemos ofrecer al Señor algo que, dentro de las pobres limitaciones humanas, no sea perfecto, sin tacha, efectuado atentamente también en los mínimos detalles: Dios no acepta chapuzas”⁴ El servicio a Dios se encuentra así íntimamente vinculado

² *Conversaciones*. México, Editorial Minos, 1985, n. 70. Cfr. también el Texto del 24-III-1930: “Conocen mis hijos la importancia santificante y santificadora del trabajo, porque el Opus Dei es trabajo de Dios”, en Illanes, José Luis. *La santificación del trabajo*, Madrid, Palabra, 1981, p. 83.

“(…) el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora”. “No hay ningún trabajo que no debamos santificar, que no pueda estar comprendido en la *consecratio mundi*”, citado por Pedro Rodríguez, “*Camino*, una espiritualidad de vida cristiana”, en *La vocación cristiana*. Madrid, Palabra, 1975, p. 34-35.

“El Señor nos ha llamado para que, permaneciendo cada uno en su propio estado de vida y en el ejercicio de su propia profesión y oficio, nos santifiquemos todos en el trabajo, santifiquemos el trabajo y santifiquemos con el trabajo”, Texto del 11-III-1940, citado en J. L. Illanes, *op. cit.* p. 113.

³ Cfr., p. e., el Texto del 11-III-1940, en J. L. Illanes, *op. cit.* p. 113.

⁴ *Amigos de Dios*, México, Editorial Minos, 1992, n. 55.

con la tarea que hemos de realizar, de modo que tal servicio no tendría lugar si “no compartimos con los demás el empeño y la abnegación en el cumplimiento de los compromisos profesionales; cuando nos puedan señalar como vagos, informales, frívolos, desordenados, perezosos, inútiles...”⁵

Culminación de la tarea

El valor ético de la obra profesional bien hecha resulta indiscutible.⁶ Pero puede legítimamente preguntarse: ¿qué ha de entenderse en este contexto por *obra bien hecha*? ¿De acuerdo con qué criterios ha de hacerse un juicio sobre la bondad –no ya moral sino profesional– en la ejecución de un trabajo? El Beato Josemaría se sirve de conceptos que resultan claves para poder acertar en la respuesta a estas cuestiones decisivas.

No basta el juicio común de los demás, aunque sería imprudente desatenderlo.⁷ En primer lugar, para que el trabajo pueda merecer el juicio de *bien hecho*, debe llevar a cabo una obra terminada; las cosas no pueden quedar a medias. El Fundador del Opus Dei multiplica su lenguaje para que esta idea fundamental quede bien grabada: “Me has preguntado qué puedes ofrecer al Señor. No necesito pensar mi respuesta: lo mismo de siempre, pero mejor acabado, con un remate de amor...”⁸

Si la santidad reside en el heroico ejercicio de las virtudes, “el heroísmo del trabajo está en ‘acabar’ cada tarea”.⁹ En los textos que hemos tenido

⁵ *Ibidem*, n. 62.

⁶ “Lo primero que se ha de pedir al que actúa es que sepa hacer”. Cfr. Santo Tomás de Aquino. *Quaestio disputata de virtutibus cardinalibus. Quaestio unica*, art. 1, c..

⁷ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 62.

⁸ *Surco*, México, Editorial Minos, 1987, n. 495.

⁹ *Surco*, n. 488. Cfr. también n. 529: “(...) en el trabajo se nos pide el heroísmo de ‘acabar’ bien las tareas que nos corresponden (...)”; *Forja*, n. 700: “Este trabajo acabado a medias es sólo una caricatura del holocausto que Dios te pide”; *Es Cristo de pasa*. México, Minos, 1992, n. 50: “(...) en primer lugar, para realizar las cosas hay que saber terminarlas“ (...) “ese deseo se traducirá en el empeño por poner los medios adecuados para dejar las cosas acabadas, con humana perfección”; *Forja*, n. 735: “la lucha interior no nos aleja de nuestras ocupaciones temporales; nos conduce a terminarlas mejor”; *Forja*, n. 713, el trabajo profesional debe estar “acabado con la posible perfección sobrenatural y humana (...)”

a la vista, como el que ahora se ha transcrito, Josemaría Escrivá suele subrayar con cursivas, comillas o aun interjecciones este requerimiento de dar término cabal a cada tarea. Tal énfasis es muy explicable, si se tiene en cuenta que el concepto cristiano de la santidad implica el empeño de llevar a su plenitud, a su perfecto cumplimiento, la vida espiritual. Esta plenitud tiene su necesario correlato en la obra plena y terminada. Es quizá aquí en donde pueden verse más gráficamente las consecuencias que, en el terreno de la ética profesional, se producen cuando quien ejerce la tarea se propone, no ya el *cumplimiento* minimalista de unas reglas éticas, sino la *plenitud* de la vida cristiana en todos los órdenes de la acción. Quien aspira a lograr un estado pletórico en lo espiritual ha de lograrlo también en lo temporal.

Cuidado de los detalles

Este sentido de acabamiento como perfección del trabajo, que es el trasunto laboral de la llamada universal a la santidad (“Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto”),¹⁰ se relaciona con otra idea básica en el mensaje del Beato Josemaría: el cuidado de las cosas pequeñas, de los detalles. “Me gustaba subir a una torre, para que contemplaran de cerca la crestería, un auténtico encaje de piedra, fruto de una labor costosa. En esas charlas les hacía notar que aquella maravilla no se veía desde abajo, y, para materializar lo que con repetida frecuencia les había explicado, les comentaba: ¡esto es el trabajo de Dios, la obra de Dios!: acabar la tarea personal con perfección, con belleza, con el primor de esas delicadas blondas de piedra”.¹¹

¹⁰ Mateo 5, 48.

¹¹ *Amigos de Dios*, n. 65. Ver también “(...) la integridad de Vida (...) exige un auténtico cuidado en realizar sus propias tareas, que han de santificar, descendiendo hasta los pormenores más pequeños” (*Ibidem*, n. 55). “No os faltan ocasiones de demostrar a través de lo pequeño, de lo normal, el amor que tenéis a Jesucristo” (*Ibidem*, n. 8).

Deberes de justicia implicados en el propio oficio

El imperativo ético de la obra bien hecha se relaciona explícitamente con los deberes de justicia. Seguir “el cumplimiento exacto de las obligaciones”,¹² no es un perfeccionismo banal de meras repercusiones individualistas. Es el mejor medio al alcance del cristiano común y corriente para aportar a la sociedad lo que le debe, dejando en ella su impronta positiva, y ordenándola de acuerdo con sus fines cristianos. “Los cristianos –conservando siempre la más amplia libertad a la hora de estudiar y de llevar a la práctica las diversas soluciones y, por tanto, un lógico pluralismo– han de coincidir en el idéntico afán de servir a la humanidad”.¹³

El deseo de santidad, como plenificación de los deberes morales en el trabajo, es ingrediente básico en el logro de tan alto propósito, pues para superar la “deplorable calamidad” en que se encuentran muchos aspectos de las sociedades civiles se requiere “encauzar por caminos de perfección todas las actividades humanas” (*Ibidem*, n. 37).

2. Santificarse en el trabajo profesional

La propia profesión u oficio representa la *materia* que debe santificarse, pero, además y simultáneamente, es el *medio* por el que quien ejerce la profesión o practica el oficio logra su propia santificación. El trabajo profesional bien hecho, ya de suyo, colabora positivamente en el crecimiento y progreso de la vida espiritual de muchas maneras.

El trabajo, para el Fundador del Opus Dei, es indudablemente “ocasión de desarrollo de la propia personalidad”,¹⁴ “auténtico rendimiento de todas las facultades”,¹⁵ “testimonio de la dignidad de la criatura humana”.¹⁶ Todo ello cuenta con una mayor verificación, si cabe, en los modos del trabajo contemporáneo, en el que, como lo expresa Santo Bartolomeo Quadri, comentando precisamente la Constitución

¹² *Camino*, n. 825.

¹³ *Es Cristo que pasa*, n. 167.

¹⁴ *Forja*, n. 702.

¹⁵ *Cfr. Amigos de Dios*, n. 46.

¹⁶ *Forja*, n. 702.

Pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et Spes* en su trigésimo aniversario, “quien trabaja se trabaja” pues el trabajo (antes que un hecho manual o técnico) se convierte cada vez más en un “hecho cultural”, ya que “la persona humana halla en el trabajo un medio de perfeccionamiento”.¹⁷

El Beato Josemaría relaciona íntimamente el trabajo como medio de santificación y el *alma sacerdotal* que posee todo cristiano, por razón de su Bautismo, que le confiere el sacerdocio común de todos los fieles: “actuando así de cara a Dios, por razones de amor o de servicio, con alma sacerdotal, toda la acción del hombre cobra un genuino sentido sobrenatural, que mantiene unida nuestra vida a las fuentes de todas las gracias...”,¹⁸ hasta llegar a ser “almas contemplativas en medio del mundo”.¹⁹ El trabajo se constituye de esta manera en el holocausto que Dios nos pide y no puede por ello hacerse con medianías²⁰ que desentonarían con la vivencia práctica del “alma sacerdotal”.²¹

Por otra parte, el Beato Josemaría advierte a los fieles comunes del peligro de una “doble vida”: “no podemos ser esquizofrénicos si queremos ser cristianos” pues “a ese Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales”.²² El trabajo objetivo –visible y material– no puede ser indiferente a la vida del cristiano, porque “aparece como participación de la obra creadora de Dios”,²³ y porque, además, el trabajo fue “asumido por Cristo como realidad redimida y redentora”, y por ello “se convierte en medio y camino de santidad, en concreta tarea santificable y santificadora”.²⁴

El deseo de santidad en el trabajo nos impulsa incluso, finalmente, a prescindir, si el Reino de Dios así lo requiere, de metas que pueden considerarse en sí buenas y lícitas: “Ser cristiano es actuar sin pensar en

¹⁷ Santo Bartolomeo Quadri. “Alcuni temi di fondo della *Gaudium et Spes*”, *L'Osservatore Romano*, 8-IX-95, p. 4 y ss.

¹⁸ Texto del 11-III-1940, citado en Illanes, José Luis. *La santificación del trabajo*, Madrid, Palabra, 1981, p. 113.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Cfr. *Forja*, n. 700.

²¹ Cfr. *Surco*, n. 499.

²² *Conversaciones*, n. 114.

²³ *Es Cristo que pasa*, n. 47.

²⁴ Cfr. *Forja*, n. 702.

las pequeñas metas del prestigio o de la ambición, ni en las finalidades que podrían parecer más nobles, como la filantropía o la compasión ante las desgracias ajenas, es discurrir hacia el término último y radical del amor que Jesucristo ha manifestado al morir por nosotros”.²⁵ Eso es así porque “ser cristiano no es algo accidental, es una divina realidad que se inserta en las entrañas de nuestra vida, dándonos una visión limpia y una voluntad decidida para actuar como Dios quiere”.²⁶

3. Santificar a los demás con la profesión

Materia y medio o ámbito de santificación, el trabajo se convierte también en *instrumento* de apostolado, lo cual es, a la par, un requerimiento ético implicado en toda profesión u oficio y una consecuencia del *alma sacerdotal*, un importante fruto del sacerdocio común de los fieles.

Un principio fundamental de la deontología del trabajo consiste en lograr que los *individuos* se mantengan y se expansionen como *personas*: la persona se define por el modo de vincularse con los demás.

Carácter asociativo del trabajo y del apostolado

Santificar a los demás en las labores cotidianas requiere, en primer término, tener conciencia del valor social del trabajo: “lo que es personal, perece con la persona que se hizo imprescindible”.²⁷ Porque, si bien es necesario ahora dividirse el trabajo²⁸ y “repartirse responsabilidades”,²⁹ ello hace aún más imprescindible el “esforzarse codo a codo en los mismos afanes con nuestros compañeros”.³⁰

²⁵ *Es Cristo que pasa*, n. 98.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Cfr. *Surco*, n. 971

²⁸ Cfr. *Camino*, n. 338

²⁹ Cfr. *Surco*, n. 972

³⁰ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 264

Es necesario, en segundo término, tomar conciencia de la profunda tarea moral que debe llevarse a cabo en el fondo de cada persona para derrumbar estas barreras que se interponen entre los hombres y que impiden la realización de un trabajo conjunto. Este esfuerzo ético ha sido puesto en evidencia no sólo desde un punto de vista cristiano del hombre sino también desde una mera perspectiva natural y profesional del trabajo. Desde esta perspectiva se ha dicho, con razón, que el trabajo es la mejor terapia para el egoísmo. Fritz Schumacher en *Good Work* dice que la sabiduría tradicional nos enseña que en el fondo la función del trabajo es simple: dar a la persona la posibilidad de desarrollar sus facultades, de producir los bienes y servicios que todos necesitamos para una vida digna, y *permitirle vencer su egocentrismo innato uniéndole a otras personas en una tarea común*.³¹

Alasdair McIntyre, por su parte, en su conocida obra *Tras la virtud*, ha subrayado este carácter comunitario del trabajo, del que desde una perspectiva más elevada, el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer es, como hemos visto, un preconizador. Todo trabajo implica una práctica social, una tradición, un contexto colectivo con implicaciones éticas y religiosas. Curiosamente, no hay ningún libro actual de *management* que no enfatice la transparencia, la veracidad informativa, la sinceridad en el liderazgo o la publicidad verídica. La confianza mutua constituye lo que ha dado en denominarse “capital social”, mucho más importante que el capital monetario.

Que el trabajador, al santificar el trabajo y santificarse en el trabajo, procure santificar a los demás con ese mismo trabajo, y que ello consista en señalarles el camino mediante el cual se pueden hacer santos en su trabajo, proporciona a este modo apostólico una fuerza coherente y sin grietas –casi diríamos monolítica– que, con la gracia de Dios, ofrece palpables frutos y hondas repercusiones en la ética profesional, como quiera que ésta se conciba.

³¹ Schumacher, Fritz, en *El buen trabajo (Good Work)*, Madrid, Debate, 1981.